

# Un hombre solo en el jardín

Este es un extracto de la biografía que la escritora Julia Constenla trazó sobre Ernesto Sabato. Aquí relata un encuentro en la casa de Santos Lugares en 1996, donde escritor y biógrafa dialogan como dos viejos amigos. Constenla estará presente en el Foro y hablará de la particular vida de este hombre multifacético.

Por **Julia Constenla**

El auto viene a buscarme puntualmente. Es domingo y voy a lo de Sabato. Ernesto quiere darme unos papeles que, según dijo esta mañana cuando llamé a las siete y media, pueden servir para mi trabajo. Me cuesta decirle que creo haber llegado al final del libro y me tranquiliza pensar que respeté sus tiempos actuales, su necesidad de paz. Creo haber podido resistir la tentación de acosarlo con preguntas que solicitan recuerdos de un pasado que solo frecuenta forzado por requerimientos no siempre prudentes. Pese a las desventuras y los dolores de los últimos años, él sigue empeinado buscando un porvenir para los demás. Indaga, reflexiona y se compromete con una irrenunciable perspectiva de futuro.

Matilde ya no es alcanzable, solo ofrece miradas ausentes, suaves sonrisas de destino incierto. En la gran casa diariamente Ernesto madruga. A las cinco de la mañana se prepara un té en la cocina silenciosa, después se refugia en el estudio para pintar, recorre los espacios compartidos que están poseídos por la soledad en esos amaneceres prolongados y probablemente angustiosos.

Ve cada vez menos gente. Día a día elige el aislamiento. Para contar sus vidas, hurgué en mis propios recuerdos e indagué en recuerdos ajenos, leí y volví a leer cientos de páginas. Finalmente puse en manos de Lidia y Mario la decisión final sobre el destino del trabajo. Cuando alguien escribe sus memorias, elige personalmente el modo de proponer su intimidad, si de eso se trata. Pero el cronista que refiere la vida de otras personas, especialmente si compartió algunos tramos, tiene que prestar atención a los detalles y actuar con todos los recaudos posibles: no escamotear lo que sirve para conocer los hechos y hacerlo sin transgredir

ese respeto insustituible de quien está ligado a situaciones que son del estricto dominio privado. Ser cronista de vidas que se entrelazaron con la propia puede proponer un camino arduo. Estamos llegando al final.

Cuando iniciamos el viaje hacia Santos Lugares, indico al chofer del remis el itinerario que prefiero y nos encaminamos siguiendo la acostumbrada rutina: el Bajo, General Paz, avenida América; desde que cruzamos a provincia, doy las indicaciones maquinalmente. El chofer me pregunta si tendrá que esperarme, le digo que sí.

—Voy a visitar a un amigo.

—En Santos Lugares vive el señor Sabato. Me dijeron en la agencia que usted lo conoce —indaga prudente.

—Sí, vamos a su casa.

El desconocido conductor mira por el espejo a quien «conoce a Sabato», con cierto indisimulado respeto. Me cuenta que lo vio por televisión, que fue a la Feria del Libro para escucharlo y no pudo entrar por la cantidad de gente. Hace años leyó *El túnel*. Asegura que en su familia todos lo quieren. El hijo le escribió una carta y Sabato le contestó. Esta situación parece crear un breve vínculo entre conductor y pasajera cuando casi estamos llegando a la calle Langeri.

Toco el timbre, Gladys reconoce mi voz en el portero eléctrico y llega enseguida para abrir la puerta; la sigue el perro, que se escapa en cuanto ve un resquicio.

—El Tata la espera en el estudio.

Me encamino al fondo de la casa sin entrar en la habitación de Matilde. Según Gladys: «Pasó una buena noche, pero hay que dejarla descansar; cuando se vaya, veremos si la saluda».



Sabato está solo. Se levanta para darme un distraído beso en la mejilla. Nos instalamos como tantas veces: él, junto a la mesa donde su máquina de escribir de letra minúscula está siempre descubierta; yo me hundo en uno de los silloncitos de tela negra. Poco después Gladys aparece con las tazas de té y crocantes medialunas. La conversación es una suerte de *ping-pong* de un argumento a otro, trivialidades, noticias de gente que hemos visto, el comentario del día, la simple charla de dos viejos amigos una tarde cualquiera. La actualidad, lo «que está pasando en el país», lo obsesiona; quiere saber, pregunta. «No soporto ni los diarios ni la televisión, vivo aislado», explica.

Cada tanto Ernesto descansa la mirada en la foto de Jorgito, que enmarcó y puso en la pared, ubicada a la altura de los ojos cuando está sentado en la silla que habitualmente ocupa. El tiempo pasa casi sin que nos demos cuenta, ya entramos en el crepúsculo, ha llegado el momento de volver a la ciudad. Ernesto me entrega una carpeta con recortes antes de que salgamos del cuarto y desde la puerta apaga la luz, siempre escasa. No tolera resplandores ni destellos brillantes. El estudio queda a oscuras. Dos sillas vacías que se enfrentan en un espacio amplio y austero.

Recorremos el silencioso comedor donde en otro tiempo las tardes de domingo se alargaban. Al pasar me sorprende una vez más el gran cuadro de Marinita, que estalla en colores desde la pared frente a la puerta que da al jardín, donde la estatua ya casi no se ve, cubierta por las hojas en la iniciada penumbra. Nos detenemos un momento en la cocina para que Betty —la asistente doméstica que colabora con Gladys— y la enfermera me cuenten cómo anda Matilde. No hay novedades. ¿La falta de noticias es una buena noticia? Empiezo a dudar.

«Está tranquila, anoche durmió bastante bien», aclara Gladys y agrega detalles sobre las pocas palabras que cambian, los gestos con los que se hace entender. La distancia no se acorta. Es difícil penetrar el cerrado, distante mundo en el que apenas vive Matilde.

Bajamos los escalones que nos llevan a la salida. Ernesto me acompaña, hablamos poco. El perro salta contento, dispuesto a hacer otra escapada por

la cuadra; es obediente y al primer llamado regresará. Cuando llegamos a la reja, el chofer baja del auto y abre la puerta mirándonos.

—¿Qué dice, amigo, mucho tráfico? —pregunta Ernesto a un hombre sorprendido por su presencia.

—Vinimos muy bien, señor, para la vuelta quién sabe... —titubea, quiere agregar algo más y no se decide.

—En su familia todos te conocen y te quieren —digo para contribuir en un diálogo que seguramente será transmitido al grupo familiar con pelos y señales.

—Mi hijo le escribió una vez —se atreve a decir el conductor.

—Yo contesto siempre que puedo las cartas que me llegan —se anticipa Sabato.

—Por suerte le contestó. El muchacho andaba mal, lo veíamos muy caído. Le hizo bien recibir su carta. Nunca nos dijo qué le había escrito. Vaya a saber... Es un buen pibe. No consigue trabajo. Le gusta leer.

Sin saberlo, va delineando con su lenguaje modesto la imagen de uno de los

jóvenes que buscan en Sabato una respuesta, una esperanza. Ernesto me mira, supongo que quiere decirme, como otras veces: «Te das cuenta, en este mundo horrible no podemos permitir que los jóvenes pierdan la esperanza».

Hay poco que agregar; me instalo en el asiento de atrás, el chofer se ubica junto al volante. Ernesto cierra la puerta del coche, se asoma a la ventanilla, saluda y se aparta. Percibo una vez más la débil luz que protege la vigilia de los enfermos iluminando la ventanita del cuarto de Matilde. Sabato está erguido y solo en la vereda, los vecinos lo saludan al pasar. El coche arranca hacia el caos de las calles de la ciudad dominguera. En el oscuro jardín que ya se aleja, han florecido los jazmines celestes sobre el colchón de hojas secas.

Buenos Aires, 1996

Este texto pertenece a *Sabato, el hombre. La biografía definitiva*, texto que Julia Constenla escribió sobre la vida y obra del autor de *El túnel* y que Random House-Mondadori publicará en junio. ■

## Comité de Solidaridad

### ¡Machagai ya tiene bandera de ceremonia!

Una importantísima donación de útiles, libros, electrodomésticos, bicicletas, entre muchas otras cosas, fue recolectada por el Colegio para enviarla a la Escuela N.º 810 de Machagai (Chaco). Ha sido una tarea solidaria muy importante con resultados que superaron las expectativas. El CTPCBA va por más.

Por **María Andrea Gill Peris**, del Comité de Solidaridad

El Comité de Solidaridad del Colegio agradece profundamente todas las donaciones recibidas para enviar a la Escuela N.º 810 de Machagai (Chaco).

Los chicos de esta escuela rural (128 chicos de jardín, primaria y secundaria) recibieron, hace unas semanas, muchas alegrías donadas con amor por nuestros colegas.

La lista es muy pero muy larga, pero queremos contarles que conseguimos bandera de ceremonias —la figurita difícil por su costo—, muchos libros de texto, enciclopedias de diversa índole, libros de lectura, etcétera, con los que ahora podrán tener una muy buena biblioteca que se completa con la donación de los estantes gracias al contacto desde Buenos Aires con una fábrica de muebles de algarrobo de la provincia. Entre todas las donaciones (¡112 bultos, un camión entero!), debemos destacar que se enviaron heladeras, un *freezer*, una

cocina, un microondas, televisores, equipos de audio, una computadora, impresoras, muebles, quince bicicletas para que les sea más fácil a los chicos hacer los kilómetros que los separan de la escuela, zapatos, ropa, mochilas y bolsos, juegos y muchos útiles escolares, algunos alimentos y ¡golosinas! Sí... chupetines, esos de bolita que aquí, en la gran ciudad, pasan inadvertidos en los kioscos, pero que en la otra punta de la Argentina dibujaron sonrisas.

También pudimos incluir en este envío sábanas y toallas, ropa y otros enseres para un hogar de ancianos ubicado en Machagai.

Además, en el mes de diciembre, el hogar de ancianos de Del Campillo (provincia de Córdoba) recibió pañales descartables, sábanas, toallas, perfumes y jabones, y material de lectura, también.

Es muy importante destacar que muchas de las donaciones surgieron gracias al contacto de nuestros colegas con hoteles, como en el caso

de las sábanas y toallas; editoriales, en el caso de las enciclopedias; mayoristas de perfumería y artículos escolares.

Reciban un especial agradecimiento todos los que, además de donar libros, ropa y calzado, también hicieron de nexo entre el Colegio y las empresas indicadas.

Lamentablemente, no contamos con transporte gratis ni al Chaco ni a Córdoba. Por eso, si algún matriculado tiene contacto con alguna empresa de transporte que lleve carga al Chaco o a Córdoba, sería muy bueno para ver si podemos hacer los envíos gratis.

Muchas gracias a todos los que colaboraron con tanto desinterés. Le hemos dado una gran alegría a la comunidad escolar toba de Machagai con solo un rato de nuestro tiempo, ya sea trayendo cosas al Colegio o con un simple llamado a otra persona que nos puede abrir muchas puertas. ■